



Nadie es ajeno al problema que representa hoy en día, para nuestra sociedad, el terrorismo de corte yihadista. Una amenaza real, que no discrimina entre posibles objetivos y de la que todos somos potenciales víctimas. Mucho se ha escrito sobre las causas de su surgimiento y expansión por el mundo y mucho también se discute sobre las medidas a adoptar para acabar o por lo menos intentar reducir al máximo, las terribles consecuencias de sus actos.

La educación como instrumento para conseguir este objetivo es, sin duda, una de las mejores inversiones en seguridad que pueden hacer hoy en día los Estados, como lo es también para prevenir y evitar otras muchas conductas desviadas de nuestros jóvenes, al llegar a adultos.

De manera sorprendente en los últimos tiempos, se observa cómo de manera frecuente, los atentados y actos violentos de este perfil producidos en territorio europeo, se vienen ejecutando por ciudadanos nacionales de los países donde se cometen los hechos o nacidos ya en los países de adopción. Parece entonces que los esfuerzos deberían centrarse en los jóvenes, muchos de ellos, segunda generación de inmigrantes llegados a nuestras sociedades, que por influencia de un entorno familiar radical y en ausencia de una verdadera integración, en educación y valores en el país en el que viven, optan de manera voluntaria, por adentrarse en el extremismo más radical, hasta el punto de estar dispuestos a perder la vida por sus consignas.

La sociedad en su conjunto debería estar alerta ante la presencia de comunidades o individuos que inciten, hagan apología o simplemente justifiquen esta clase de ataques. La denuncia de contenidos de este tipo en las redes sociales, como modo cada vez más frecuente de auto adoctrinamiento, debe ser tarea de todos. Los países, de manera coordinada, deberían procurar la impartición de una asignatura de religión con una interpretación moderada, respetuosa y adaptada a las leyes y costumbres de los países de acogida, evitando de esta manera dejar un vacío que pueda ser aprovechado por ideas o pensamientos retrógrados, extremistas y contrarios a los principios básicos de convivencia y respeto en una sociedad libre y en democracia. ■

Ignacio Nieto González